

El Gran Médico y Sus Pacientes

No. 618

Un Sermón

PREDICADO EL DOMINGO POR LA MAÑANA, 5 DE MARZO DE 1865

POR C. H. SPURGEON

EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos» (Mateo 9:12)

Esta fue la disculpa de Cristo por mezclarse con publicanos y pecadores cuando los fariseos murmuraron contra Él. Se justificó triunfalmente al mostrar que, según la conveniencia de las cosas, Él actuaba perfectamente en orden. Actuaba conforme a Su carácter oficial. Un médico debe ser hallado donde hay trabajo para él, y eso es donde se requiere curación.

Evidentemente, no había nadie entre los fariseos —si la propia opinión que tenían de sí mismos fuera válida—, pues ellos estaban perfectamente sanos. Había mucho que hacer, según su propia admisión, entre los publicanos y pecadores, pues estaban gravemente enfermos. Por lo tanto, nuestro Señor estaba en Su lugar, y ejecutaba apropiadamente Su oficio cuando buscaba a aquellos que lo necesitaban.

I. No tendremos tiempo para un prefacio esta mañana, y por lo tanto, entremos de inmediato en el texto observando que LA MISERICORDIA CONSIDERA GRACIOSAMENTE EL PECADO COMO UNA ENFERMEDAD.

El pecado es más que una enfermedad. Si fuera solo una dolencia, los hombres serían dignos de compasión por padecerla. Pero el elemento de la voluntad perversa, de la rebelión voluntaria y de la ofensa deliberada entra en el pecado; de lo contrario, sería mucho menos verdaderamente pecado. Y esto lo convierte en algo más que una enfermedad y peor que un mal. No pensemos que la figura de la enfermedad realmente expone toda la naturaleza abominable del pecado; es solo una manera generosa en que la Misericordia elige mirarlo y tratarlo.

Así como la Justicia lo ve, toda la plaga, el veneno, el virus y el contagio del mundo serían dulces e inofensivos en comparación con un solo pensamiento o imaginación malvada. Pero la Misericordia, indulgente y bondadosamente, elige —para tener una especie de disculpa por sus operaciones bajo el gran plan de salvación— considerar el pecado como una enfermedad. Está justificada en tal visión,

pues casi todo lo que pueda decirse de las enfermedades mortales puede decirse del pecado. Pasemos a los detalles.

El pecado es una enfermedad hereditaria: nacemos con una tendencia hacia él; más aún, *nacemos en él*. La mancha está en nuestra sangre; el mismísimo centro de nuestro ser siente la infección. *Nacidos en pecado y concebidos en iniquidad, en pecado nos concibieron nuestras madres*, y nuestra descendencia, en igual medida, recibe de nosotros ese pecado original que es parte de nuestra naturaleza caída. Todo hombre que nace en el mundo lleva dentro de sí las semillas del pecado, en la inclinación y corriente de su mente, y esto no es de extrañar, porque «¿Quién sacará lo limpio de lo inmundo? Nadie». «¿Cómo podrá ser limpio el que nace de mujer?»

El pecado, como la enfermedad, es muy incapacitante. Un hombre enfermo no puede cargar pesos, escalar montañas, correr en el servicio, caminar con perseverancia ni saltar de alegría. Las ocupaciones y los placeres de otros hombres son cosas de las que está excluido. Así también el pecado nos impide servir a Dios. No podemos orar a Él; no podemos alabarle correctamente. En todo deber somos débiles y para todo bien somos endeblés. No hay una sola facultad moral del hombre que el pecado no haya despojado de su fuerza y gloria.

Si quisiéramos correr en los caminos de los mandamientos de Dios, el pecado nos ha lisiado. Si quisiéramos aferrarnos a las promesas de Dios, el mal nos ha paralizado. Si quisiéramos ver los misterios de la gracia, la culpa nos ha cegado. Si quisiéramos oír la voz de Dios, la transgresión nos ha herido con sordera. Y si nuestras voces quisieran unirse al canto de los querubines y serafines, ¡ay!, la plaga de nuestro corazón interior nos ha vuelto mudos. De todos nosotros, en nuestra medida, puede decirse por el pecado: «*Inestable como el agua, no sobresaldrás*». El pecado debilita la naturaleza del hombre para todo bien.

El pecado también, como ciertas enfermedades, es una cosa muy repugnante. Algunas enfermedades son tan extremadamente asquerosas que apenas si se pueden mencionar sus nombres, pero ¡oh!, son dulzura en sí mismas comparadas con el pecado. El aire más pútrido y venenoso que jamás haya soplado desde un hospital de fiebres nunca tuvo tanta inmundicia como la que habita en el pecado. Los lazaretos y las colonias de leprosos son limpios y seguros en comparación con los antros del vicio.

Ante la estimación de Dios y ante la estimación de todas las mentes santas, la cosa más detestable, odiosa y terrible en todo el mundo es el mal moral. Si este pudiera ser eliminado, todo otro mal cesaría. Este es la madre y nodriza de todo mal, el huevo de toda maldad, la fuente de amargura, la raíz de la miseria. Aquí tenéis la esencia destilada del infierno. La «*quintaesencia*», como dirían los

antiguos teólogos, de todo lo que es desagradable, deshonroso, deshonesto, impuro, abominable; en una palabra, *digno de condenación*.

Como algunas enfermedades, el pecado es terriblemente contaminante. Así como el leproso no puede ser tolerado fuera, así como los afectados por la plaga son separados de sus semejantes, así el pecado nos separa de la comunión con Dios y con los seres santos. No es tanto su falta de disposición para asociarse con nosotros, sino nuestra horrible falta de idoneidad para tener comunión con ellos. Es terrible llevar con nosotros un cáncer que ha alcanzado la etapa de podredumbre nauseabunda, y sin embargo, esto no es ni la mitad de terriblemente repugnante que el pecado lo es para el corazón de Dios.

Dios es muy bondadoso, pero no puede soportar el pecado en Su presencia, y por lo tanto, para dar a conocer Su odio hacia él en tipo y figura, prohibió que las personas enfermas entraran en Sus atrios o siquiera se mezclaran con el campamento de Su pueblo. Para el inmundo había una separación clara y evidente hasta que hubiera sido purificado. El pecado necesariamente nos excluye de la presencia de Dios. A Su santa comunión no debemos venir, no nos atrevemos a intentar venir. El fuego de Su ira nos consumiría, como consumió a Nadab y Abiú, si nosotros, como pecadores, nos atreviéramos a acercarnos a Él aparte de Cristo Jesús.

No podemos estar ante el altar para oficiar como sacerdotes delante de Dios, aunque este fuera el destino propio del hombre, debido a la lepra que está en nuestra frente. Nuestra alabanza a Dios, por simple que pareciera, no puede ser aceptable ante Sus ojos, debido a la contaminación de nuestros labios incircuncisos. La gracia omnipotente debe quitar nuestra inmundicia, o no podremos adorar.

La iniquidad es una cosa contaminante. Todo lo que hacemos y todo lo que pensamos se contamina a través de nuestra corrupción. La persona inmunda no podía tocar un vaso, sentarse en una cama o acercarse a una vestidura sin contaminarla, y nuestro pecado tiene un efecto muy similar. Nuestras oraciones tienen manchas en ellas. Nuestra fe está mezclada con incredulidad, nuestro arrepentimiento no es tan tierno como debiera, nuestra comunión es distante e interrumpida. No podemos orar sin pecar, y hay inmundicia incluso en nuestras lágrimas.

¡Bien estaba para Israel que hubiera un Aarón para llevar los pecados de sus cosas santas, y bendito es para nosotros que Jesús tome los pecados incluso de nuestras mejores obras y los arroje a las profundidades del mar!

El pecado también puede compararse a muchas enfermedades por su carácter contagioso. Un hombre no puede ser pecador solo. *«Un pecador destruye mucho bien»*. Las semillas del pecado

tienen alas como el vilano del cardo. Se puede encerrar al leproso en una colonia de leprosos, pero no hay tal manera de encerrar el pecado: saldrá y se extenderá.

Un hombre, si es malo, hará malos a otros. Sus hijos lo imitarán. Sus dependientes, sintiendo su influencia, seguirán sus pasos. Incluso sus vecinos no pueden mirar su pecado sin ser infectados en cierta medida, porque «*el pensamiento del mal es pecado*». Hay una feroz contigüidad en toda forma de mal moral: como el fuego entre el rastrojo, se extiende con gran rapidez.

El pecado, además, como muchas enfermedades, es muy doloroso. Y sin embargo, por otro lado, en ciertas etapas produce un entumecimiento, una insensibilidad del alma que impide el dolor. La mayoría de los hombres son inconscientes de la miseria de la caída. Se creen ricos y aumentados en bienes, sin necesidad de nada, cuando están desnudos, pobres y miserables. El pecado causa una locura que hace que las almas enfermas sueñen que están en perfecta salud. Hablan como si el cielo fuera su herencia, cuando están sentados al borde del infierno.

Pero cuando el pecado es realmente discernido, entonces se vuelve doloroso. Preferiría sufrir —no sé cuáles puedan ser los dolores de alguna enfermedad, pero creo firmemente que puedo decir esto—, preferiría sufrir una complicación de todos los males a los que la carne está sujeta, que sufrir la plaga de una conciencia culpable, despierta, iluminada y vivificada.

Porque cuando la conciencia acusa a un hombre, no hay descanso para él ni de día ni de noche. Su dedo meñique es más pesado que los lomos de todas las otras aflicciones. Cuando el pecado se vuelve sumamente pecaminoso ante la mirada, entonces hay una lobrete y una pesadez de espíritu que aplasta el alma en la desesperación, haciendo amarga la vida, como Faraón hizo amarga la vida de los hijos de Israel. Hablad de las tinieblas de Egipto, eran brillantes como el mediodía en comparación con las tinieblas de una mente agobiada por su propia culpa.

¡Oh, qué miseria era la mía antes de aferrarme a Cristo! Hay algunos que no sienten tan agudamente la agonía del conflicto con el pecado, pero fue mi suerte sentir un horror de grandes tinieblas, rayano en la desesperación, de modo que si no hubiera encontrado pronto un Salvador, mi alma habría escogido la estrangulación antes que la vida. Creedme, no hay dolor tan amargo como el dolor del pecado, y ninguna maldición tan pesada como la maldición que viene de los labios negros de nuestras iniquidades.

Y sin embargo, quisiera que algunos de vosotros lo sintierais ahora, para que no lo sintáis después. Quisiera que este látigo cayera sobre vuestras espaldas, para que fuerais azotados fuera de vuestra justicia propia, y os hiciera volar a Jesucristo y encontrar allí un refugio.

La enfermedad del pecado está profundamente arraigada y tiene su trono en el corazón. No reside en la mano o el pie, no se puede eliminar mediante la amputación, y mucho menos mediante aplicaciones externas. Ningún bisturí puede alcanzarla, es imposible cauterizarla. La habilidad de un médico puede a menudo extraer las raíces de la enfermedad, pero ninguna habilidad puede alcanzar esta. Ha entrado en el tuétano, en el mismísimo núcleo y centro de nuestro ser, y solo el Divino es capaz de purificarnos de ella.

«Ninguna forma externa puede limpiarme; la lepra yace profundamente dentro».

Es en su propia naturaleza completamente incurable. «¿Podrá el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas?» Si así fuera, entonces podrá aquel que está acostumbrado a hacer lo malo aprender a hacer lo bueno. ¿Puede una fuente de agua salada producir aguas dulces? ¿Acaso el espinoso dará repentinamente aceitunas? ¿Podrá la catarata que siempre se ha precipitado por el acantilado, invertir su curso y regresar hacia el nacimiento del río?

¿Acaso el fuego se volverá repentinamente manso y perderá su poder consumidor mientras el combustible está a su alrededor? ¿Acaso el león por sí mismo comerá paja como el buey? ¿Acaso el leopardo balará como un cordero? Tales cambios, siendo cambios de naturaleza, solo pueden ser obrados por el poder divino, y así no es posible que la enfermedad del pecado sea jamás curada por ningún remedio humano.

El hombre no puede curarse a sí mismo. Puede reformarse, puede reprimir la enfermedad hacia adentro e impedir que salga a la superficie. Puede moldearse, guiarse y contenerse a sí mismo de tal manera que las formas más groseras de pecado, que son condenadas entre los hombres, no aparezcan en él. Pero el virus, el veneno esencial del pecado, ningún hombre puede jamás extraerlo de su propio corazón, ni otro hombre puede hacerlo por él.

JEHOVÁ Rofe, el Señor que sana, debe manifestar Su poder omnipotente. La máxima religiosidad, las oraciones más devotas, la mayor circunspección posible, no servirán para eliminar la mancha del pecado, si proceden de un corazón no renovado. *La mente carnal es enemistad contra Dios, pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede sujetarse.*

Y así, concluyamos la historia de esta enfermedad del pecado, observando que es una enfermedad mortal. No mata ahora mismo, pero matará antes de mucho. No solo el cuerpo morirá como resultado del pecado, sino que el alma debe ser matada para siempre con ira eterna. Oh pecador, poco sabes lo que tu pecado te traerá. Pero si lees en la Palabra de Dios, descubrirás que te traerá el gusano que nunca muere y el fuego que nunca puede ser apagado. Quizás mañana sepas lo que es un pecado en plena madurez.

Quizás mañana, dije —esa palabra puede ser profética para algunos de vosotros—, pero si no es mañana, es solo cuestión de tiempo, unos meses, más o menos, y estaréis en tormento. El pecado, cuando está maduro, produce muerte y condenación. ¡Oh! ¡No sabéis lo que significa esa palabra «ser condenado»! Podéis jugar con ella a veces, y lanzarla ligeramente contra vuestros semejantes, pero si pudierais oír solo una vez el alarido de un alma condenada, si pudierais ver solo una vez a un espíritu arrojado de la presencia de Dios a la miseria eterna, ciertamente os obligaría a clamar: «*¿Qué debo hacer para ser salvo?*»

Basta de esto; está claro que hay un paralelo muy excelente que trazar entre el pecado y la enfermedad. Por más humillante que sea, sin embargo, el hecho no es menos cierto: todos estamos sufriendo bajo la enfermedad del pecado.

II. Pero ahora, en segundo lugar, LE PLACE A LA DIVINA MISERICORDIA CONFERIR A CRISTO EL CARÁCTER DE MÉDICO.

Habiéndose dignado considerar el pecado como una enfermedad —lo cual es una gran prueba de misericordia—, ahora confiere bondadosamente a Cristo el carácter de médico. Quede entendido para siempre que Jesucristo nunca vino al mundo meramente para explicar qué es el pecado. Moisés tuvo por misión la exposición del pecado; Cristo tiene por misión su erradicación.

Sabemos qué es el pecado mediante la ley; eso es todo lo que la ley puede hacer por nosotros. Cristo viene, no meramente para decirnos qué es, sino para informarnos cómo puede ser eliminado. Jesús no vino para disculpar el pecado. ¡Cristo nunca murió para que el pecado pareciera menos pecaminoso, para que Dios fuera menos severo hacia el pecado o lo odiara menos! ¡Dios no lo permita!

Nunca vemos el pecado tan negro como cuando contemplamos su maldad revelada en los sufrimientos de Jesús, ni la ira de Dios es jamás más intolerable que cuando la contemplamos consumiendo a Su Hijo unigénito. «*Mirad y ved si hay dolor como mi dolor que vino sobre mí, porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente ira*». Cristo no vino para aplicar un ungüento halagador a las almas de los hombres, para evitar la angustia de la conciencia, para decirles: «*Paz, paz*» donde no hay paz.

No, vino para curar el pecado, no para cubrirlo superficialmente. No para hacer que los hombres olviden la enfermedad drogándolos con dosis presuntuosas de consuelo, sino eliminando absolutamente aquello que es la causa de su temor y de su miedo, para hacerlos sanos. Jesucristo no vino para que continuéis en pecado y escapéis de su penalidad. No vino para evitar que la enfermedad fuera mortal, sino para quitar la enfermedad misma.

Mucha gente piensa que cuando predicamos la salvación, nos referimos a la salvación de ir al infierno. No nos referimos a eso, sino que significamos mucho más. Predicamos la salvación del pecado. Decimos que Cristo es capaz de salvar a un hombre, y con eso queremos decir que es capaz de salvarlo del pecado y hacerlo santo, hacerlo un hombre nuevo.

Ninguna persona tiene derecho a decir: «Estoy salvo», mientras continúa en pecado como antes. ¿Cómo puedes estar salvo del pecado mientras vives en él? Un hombre que se está ahogando no puede decir que está salvo del agua mientras se hunde en ella. Un hombre que está congelado no puede decir, con verdad, que está salvo del frío mientras está tieso por la ráfaga invernal.

No, hombre, Cristo no vino para salvarte *en* tus pecados, sino para salvarte *de* tus pecados. No para hacer que la enfermedad no te matara, sino para dejarla en sí misma mortal, y no obstante, quitarla de ti, y a ti de ella. Cristo Jesús vino, entonces, para sanarnos de la plaga del pecado, para tocarnos con Su mano y decir: «*Quiero, sé limpio*».

Cuando un médico se presenta, una de las primeras preguntas es: «¿Es un profesional titulado? ¿Tiene derecho a ejercer? ¿Tiene un diploma?» Muy apropiadamente, la ley exige que no se permita a un hombre destrozarnos nuestros cuerpos y envenenarnos con drogas a su antojo sin tener al menos una apariencia de saber lo que hace. Se ha dicho con acidez que «*un médico es un hombre que vierte drogas, de las cuales sabe poco, en un cuerpo del cual sabe aún menos*». Temo que ese sea a menudo el caso. Aun así, un diploma es la mejor salvaguarda que los mortales han ideado.

Cristo tiene la mejor autoridad para ejercer como médico; tiene un diploma divino. ¿Os gustaría ver Su diploma? Os leeré algunas palabras de él: proviene de la autoridad más alta, no del Colegio de Médicos, sino del Dios de los Médicos. Estas son las palabras, en el capítulo sesenta y uno de Isaías: «*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová para predicar buenas nuevas a los mansos; me envió a vendar a los quebrantados de corazón*».

Tiene un diploma para vendar corazones quebrantados. No me gustaría confiarme a un médico que fuera un mero doctor autoproclamado, que no pudiera mostrar ninguna autorización. Debo saber que sabe tanto como un hombre puede saber, por poco que crea que eso sea probablemente. Debe tener un diploma. Debe estar firmado y sellado también, y ser de manera regular, porque pocos hombres sensatos arriesgarán su vida con charlatanes ignorantes. Ahora bien, Jesucristo tiene Su diploma, y ahí está: Dios lo ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón.

Lo siguiente que se busca en un médico es educación. Se quiere saber que está completamente capacitado. Debe haber recorrido los hospitales. Y ciertamente nuestro Señor Jesucristo lo ha hecho.

¿Qué forma de enfermedad no encontró? Cuando estuvo aquí entre los hombres, plugo a Dios soltar al diablo, para que hubiera más que el veneno habitual en las venas de la pobre humanidad enferma.

Y Cristo se enfrentó al diablo en Su hora más oscura y luchó contra el gran enemigo cuando tuvo plena libertad para hacer lo peor contra Él. Jesús ciertamente entró en los pesares de los hombres. ¡Recorrió los hospitales! ¡Todo el mundo era una enfermería, y Cristo el único médico, yendo de lecho en lecho, sanando a los hijos de los hombres!

Algo más, obsérvese, puede decirse de Él: está capacitado en el arte de curar tanto por experiencia como por educación. He oído de un célebre médico que solía probar el efecto de sus medicinas en sí mismo. Esto se ha hecho en el caso de nuestro Maestro. No hay una sola enfermedad que Él no conozca por experiencia, pues Él mismo tomó nuestras dolencias y enfermedades.

Fue tentado en todo punto como nosotros, pero sin pecado. Conoce el caso de Su paciente por haber pasado por el caso Él mismo. No hay quebrantamiento de corazón, no hay aflicción de alma en la que Jesucristo no haya participado Él mismo. Y aunque podáis decir que Él no conoce el pecado en su infección, sin embargo, conoce el pecado en su imputación, y está, por haber sufrido todas sus penalidades, perfectamente familiarizado con él.

A uno también le gusta un médico que tenga una amplia práctica. A uno no le importa que un hombre simplemente entienda sus herramientas. Nos gusta saber si las ha usado y si ha tenido éxito en su arte. ¡Bendito sea el nombre del amado Médico! Tiene la práctica más amplia imaginable. Estos mil ochocientos años ha estado sanando almas enfermas de pecado —¿qué estoy diciendo?—, estos seis mil años ha sido «*poderoso para salvar*», porque antes de que Él se entregara corporalmente a la cruz, la virtud de la medicina de Su propia sangre había comenzado a operar sobre los hijos de los hombres.

Oh almas, podéis ver en el cielo las multitudes que Él ha sanado. Allí, ante el trono eterno, podéis contemplar las miríadas que han sido liberadas de todo tipo de enfermedades por el poder y la virtud de Su toque. No necesitáis temer confiaros en Sus manos, pues incluso el borde de Su manto sana nuestras enfermedades.

Para resumir las virtudes de este Médico en muy pocas palabras: Sus curaciones son muy rápidas: hay vida en una mirada a Él. Sus curaciones son radicales: golpea en el mismísimo centro de la enfermedad, y Sus curaciones son muy seguras y ciertas. Nunca falla y la enfermedad nunca regresa. No hay recaída donde Cristo sana, no hay temor de que uno de Sus pacientes esté solo remendado por una temporada; Él lo hace un hombre nuevo; un corazón nuevo le da también, y un espíritu recto pone dentro de él. Es un Médico, uno entre mil, porque es muy hábil en todas las enfermedades.

Los médicos generalmente tienen alguna especialidad. Pueden saber un poco sobre casi todos nuestros dolores y dolencias, pero generalmente hay una enfermedad que han estudiado con más cuidado, una parte del cuerpo humano cuya anatomía les es tan conocida como las habitaciones y los armarios de su propia casa.

Jesucristo ha hecho de toda la naturaleza humana Su especialidad. Se siente tan en casa con un pecador como con otro pecador, y nunca se encontró con un caso fuera de lo común que estuviera fuera de Su alcance. Ha tenido complicaciones extraordinarias de enfermedades extrañas que tratar, pero ha sabido exactamente en un momento, con una mirada de Su ojo, cómo tratar al paciente. Es el único médico universal «en casa» en cada caso. La medicina que da es un católico. Sana en cada instancia, nunca falla.

¡Su medicina es Él mismo! Si hay un dolor causado por ella, es soportado sobre Su propia espalda. *«Por sus llagas fuimos nosotros curados»*. *«Su carne es verdadera comida; su sangre es verdadera bebida»*. Él mismo expulsa la enfermedad de los pobres hombres moribundos. Solo confiamos en Él y el pecado muere. Lo amamos y la gracia vive. Esperamos en Él y la gracia se fortalece. Lo veremos, como pronto lo haremos, y la gracia será perfeccionada para siempre. ¡Oh bendito Médico para esta enfermedad desesperada!

III. Sin embargo, no puedo detenerme más en ese punto, sino que paso al tercero, que es el principal al que me dirijo, a saber, QUE LA NECESIDAD ES LO ÚNICO QUE MUEVE A NUESTRO COMPASIVO MÉDICO A ACUDIR EN NUESTRA AYUDA.

Él dice: «Los sanos no tienen necesidad de médico» (Mateo 9:12), y verán que la conclusión natural de Su línea de razonamiento es: «No voy a los sanos porque no me necesitan. Voy a los enfermos porque me necesitan. La razón por la que voy a cualquier parte es porque soy necesario».

Creo, queridos amigos, que aunque sin duda hay algunas excepciones, si examinaran la profesión médica en su conjunto, percibirían más generosidad y más humanidad allí que en casi cualquier otro lugar. Y descubrirían que apenas hay un médico, ciertamente ninguno que yo conozca, que, si tuviera que considerar dos casos urgentes, hiciera alguna distinción entre ellos, excepto que prestaría su primera atención al paciente que más lo necesitara.

Por supuesto, si los asuntos son ambos triviales, el sentido común permite que un hombre seleccione aquello que mejor le remunere por su habilidad, pero en casos inminentemente peligrosos, la necesidad decide. El verdadero médico nace con corazón de médico y se duele por las aflicciones de sus semejantes. Y aunque un hombre haya obtenido un diploma, no es médico, y no debería practicar si su alma no está en su trabajo y su corazón está lleno de benevolencia hacia los afligidos.

El verdadero médico, teniendo compasión y un intenso deseo de ser útil, si hubiera dos personas que lo necesitaran, diría: «Este está en peligro más inminente. Iré allí primero». Ahora bien, lo que ciertamente es justo reconocer acerca de los médicos humanos, debemos admitirlo con mucha más fuerza en cuanto al gran Médico de las almas.

Si hubiera dos pecadores pereciendo, y Cristo no pudiera salvar al mismo tiempo a más de uno, Él iría primero a aquel que más lo necesitara. Esta es Su regla. Él actúa según la soberanía, pero esa soberanía está bajo el control de Su propia misericordia infinita, y si Él escucha un clamor de dos corazones hoy, si hubiera de dar alguna preferencia, la preferencia se daría a aquel que fuera el clamor del pecador más perdido, más abyecto y más necesitado.

Ahora reflexionen sobre esto, y verán que es verdad, y muy consolador. ¿Qué hizo que Cristo fuera médico en absoluto? ¿No fue porque los hombres estaban enfermos de pecado? Supongamos que hubieran sido perfectos, ¿habría sido Cristo alguna vez un Salvador si los hombres no se hubieran perdido? Hermanos, habría sido una obra de supererogación —habría sido una necedad, una monstruosa necedad de Su parte— asumir un oficio que no se le requería. Es el pecado el que hace espacio para Su obra como Salvador. Lo digo —me entenderán— Él solo es Salvador porque hay pecadores, y Su carácter de Salvador se basa en nuestro carácter de pecadores. Él asume esa posición porque es necesario.

Además, ¿cuál fue el pensamiento principal que ocupó Su mente cuando estaba preparando Su gran medicina? ¿Qué fue lo que le hizo derramar grandes gotas de sangre? ¿Fue la culpa humana o el mérito humano, piensan? Pues la culpa, y solo la culpa. ¿Qué le hizo ofrecer Su espalda a los azotadores y Sus mejillas a los que golpeaban? ¿Qué le hizo extender Sus brazos en la cruz y dar Sus pies a los clavos? ¿Qué le hizo soportar la insufrible ira de Dios Todopoderoso?

¿Fue la bondad del hombre? Pues no pueden pensar en tal cosa. Fue la vileza, la villanía, la degradación, la iniquidad humana lo que hizo necesarios tales sufrimientos. Así que, al ver a Cristo en Su gran cirugía, preparando la medicina todopoderosa que ha de expulsar la enfermedad de las venas de la humanidad, lo veo a cada momento pensando en ¡pecado! ¡pecado! ¡pecado! El pecado del hombre lo hace morir.

Y ahora que Él está en el cielo, amados, ¿en qué piensa Cristo allí? «Él intercede» —¿por qué? ¿Por los justos? Si fueran justos por sí mismos, perfectamente justos, no necesitarían intercesión de Él. «Él intercede por los transgresores» (Isaías 53:12). Él está exaltado en lo alto —¿para qué? ¿Para recompensar a los buenos? No, ciertamente, sino para dar arrepentimiento y remisión de pecados —evidentemente a aquellos que no tienen arrepentimiento y cuyos pecados necesitan ser perdonados.

Arriba en el cielo, Cristo todavía tiene Su mirada puesta en los pecadores— los pecadores son las joyas que Él busca.

Además, ¿dónde estaba Jesucristo cuando estuvo en la tierra? ¿No pasó la mayor parte de Su tiempo entre los pecadores? ¿No estaba siempre dispensando sanidad a los enfermos, vida a los muertos, y así sucesivamente? Podrían preguntar de nuevo, por otro lado, ¿a quién es enviado el Evangelio? ¿Qué es? «Palabra fiel es esta y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Timoteo 1:15).

Ese es el Evangelio: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:16). De modo que aquellos que son llamados a creer son evidentemente aquellos que merecen ser condenados. La necesidad, la necesidad, solo la necesidad aviva los pasos del médico, trayendo a Jesús desde el trono de gloria a la cruz, y en Su poder espiritual, trayéndolo cada día desde el trono de Su Padre hasta las almas quebrantadas y cargadas.

Ahora bien, esto es muy claro, y todos lo reciben, pero aún así la mayoría de la gente no lo entiende. Un ministro, cuando terminó de predicar en una aldea campestre, le dijo a un jornalero agrícola que lo había escuchado: «¿Crees que Jesucristo murió para salvar a la gente buena o a la mala?». «Bueno, señor», dijo el hombre, «yo diría que murió para salvar a la gente buena». «Pero, ¿murió para salvar a la gente mala?». «No, señor. No, ciertamente no, señor». «Bueno, entonces, ¿qué será de ti y de mí?». «Bueno, señor, no lo sé. Me atrevo a decir que usted es bastante bueno, señor. Y yo trato de ser tan bueno como puedo».

Esa es precisamente la doctrina común, y después de todo, aunque pensamos que se ha extinguido entre nosotros, esa es la religión de noventa y nueve ingleses de cada cien que no saben nada de la gracia divina: debemos ser tan buenos como podamos. Debemos ir a la iglesia o a la capilla, y hacer todo lo que podamos, y entonces Jesucristo murió por nosotros, y seremos salvos.

Mientras que el Evangelio es que Él no hizo nada en absoluto por las personas que pueden confiar en sí mismas, sino que se entregó a Sí mismo por los perdidos y arruinados. No vino al mundo para salvar a las personas justas por sí mismas. Por su propia declaración, ellas no quieren ser salvas. Él viene porque lo necesitamos, y por lo tanto solo viene a aquellos que lo necesitan. Y si no lo necesitamos, y somos personas tan buenas y respetables, debemos encontrar nuestro propio camino al cielo. La necesidad, solo la necesidad, es lo que aviva los pasos del médico.

IV. Por lo tanto, llegamos a otro punto, en el que no nos detendremos muchos minutos. Se sigue, por consiguiente, y el texto lo afirma positivamente, que LOS SANOS —AQUELLOS QUE NO

TIENEN GRAN NECESIDAD— NINGUNA NECESIDAD EN ABSOLUTO— NO RECIBIRÁN AYUDA DE CRISTO.

Por supuesto, deberían ser dejados solos. Ningún médico en su sano juicio piensa en enviar una receta, ningún cirujano piensa en enviar sus frascos y sus cajas de píldoras a personas que profesan estar perfectamente sanas. La receta sería arrojada al fuego y la medicina tirada a la calle —el hombre mismo lo consideraría un grave insulto.

Cristo no vino al mundo meramente para insultar a la humanidad. Si la humanidad es la cosa espléndida que cree ser, entonces que se exalte a sí misma como pueda, y que continúe con la salud que cree poseer. Que obre su propia salvación si incluso dice que esto es necesario. Enviar un médico a los que están sanos es también un insulto para el médico.

Él llama a la puerta: «¿Quién está enfermo aquí?» es la primera pregunta. «Nadie, estamos todos bien, gracias, señor. Estamos todos bien, damos gracias a Dios— no somos como otros hombres de la calle de ahí— no tenemos fiebre, la viruela nunca viene aquí, nunca nos da escarlatina, no tenemos nada de eso, señor. Nos alegra verle, nos alegra verle, pero no tenemos nada malo». El médico descubriría de inmediato que había sido engañado al ser llamado allí.

Y ese es verdaderamente el trato que Jesucristo recibe de mucha gente. Los oyen decir: «Señor, ten misericordia de nosotros, miserables pecadores» —vestidos de satén y todo tipo de adornos, y tan buena gente como se pueda encontrar en toda la parroquia. Y si llegan a interrogarlos, no son «miserables pecadores» en absoluto. Me gustaría escribirles «miserables pecadores» en la espalda, y ver si podrían soportarlo.

Es lo mismo con ustedes —vienen aquí, y si oro acerca de los pecadores, algunos de ustedes dicen: «Sí, sí, somos pecadores». Y sin embargo, si viniera y dijera: «Ahora, tomemos los Diez Mandamientos— ¿los han quebrantado?». Me atrevo a decir que hay algunos aquí que dirían: «Realmente, no sé que haya hecho nada malo en particular. No siento que haya errado de manera muy notable».

No, el hecho es que insultan a Cristo al enviar por Él cuando no están enfermos, y no es nada mejor que impertinencia, aunque piensen que es un cumplido. Los sanos no tienen necesidad de médico —no hay necesidad de la habilidad del médico.

«¿Por qué?», dice el doctor, mientras mira todo su acervo de conocimiento, «¿de qué sirve esto? Un necio es tan bueno como yo para un hombre que no está enfermo. Si estuviera enfermo, trataría de hacer mi mejor esfuerzo, pero como no le pasa nada, no hay lugar para mí».

Pueden traer a cualquier barrendero, y les será de tanta utilidad como el mejor médico cuando no están enfermos. Así que si no se confiesan realmente como pecadores, Jesús no tendrá preciosidad a sus ojos. Será una persona común y corriente. Si no están enfermos, no hay probabilidad de gratitud. Los hombres no agradecerán a un médico por no hacer nada. Nunca agradecerán a Cristo por salvarlos, si no sienten que necesitan ser salvos.

Entonces, además, no habrá honra para Él. Supongamos que fueran al cielo y entraran allí con la misma mentalidad de justicia propia que tienen ahora, ¿qué dirían? «¡Bien hecho yo!». No habría honra para Cristo, no habría gloria para Jesús. Un hombre debe tener una necesidad profunda y consciente de Cristo, o de lo contrario no podrá iluminar el trono de Cristo con gloria mediante su alabanza cuando entre al cielo.

Ahora me parece que hay una dulce música en lo que he estado diciendo para aquellos de ustedes que sí necesitan, aunque debe sonar como una burla para aquellos de ustedes que piensan que no lo necesitan.

V. Para concluir, se sigue entonces que AQUELLOS QUE ESTÁN ENFERMOS SERÁN AYUDADOS POR JESÚS.

Que la pregunta recorra estas galerías y esta área esta mañana: «¿Estoy enfermo? ¿Soy pecador? Entonces tengo necesidad de Jesús, y la necesidad es lo único que traerá a Jesús a mí».

«¡Oh!», dice uno, «pero soy tan pecador». Entonces tienes una necesidad muy grande, y hay espacio para un poder muy grande por parte del Salvador, y esa manifestación de gracia le dará una gloria muy grande. Pecador, cree en Él, que Él puede salvarte. Confía en Él para que te salve y no dejes que tu gran pecado te detenga.

«Oh, pero tengo tantos pecados». Entonces, de nuevo, tienes la mayor necesidad, y como es la necesidad lo que trae al médico, así tus muchas necesidades serán tantos golpes en Su puerta, tantos timbrazos en Su campana. Él vendrá más rápido —solo suplica fervientemente cada uno de estos tus pecados, y pídele que tenga piedad de ti.

«Sí», dices, «pero he estado enfermo por tanto tiempo». Entonces tu caso es muy grave y hay más necesidad de Su cuidado. Él sanó a la mujer que había estado incapacitada durante treinta y seis años (Lucas 13:11-13), y si has estado treinta y seis años —sí, incluso si son ochenta años— Él todavía es capaz de sanar, y tu necesidad —mantengámonos en eso— tu necesidad es tu único ruego. Evidentemente tienes un ruego muy fuerte, porque tienes una necesidad muy grande.

«Ah», dice otro, «pero he recaído desde que pensé que estaba sanado —he retrocedido». Ahora bien, hay una promesa especial dada para esa forma de enfermedad: «Yo sanaré su rebelión» (Oseas 14:4). Él no dice específicamente: «Sanaré su embriaguez y demás», pero aquí hay una promesa especial para un caso especial. Ahora tú lo necesitas. Este es un gran pecado, este retroceso. Ve a Él— pídele más bien que venga a ti. «Sí», dice otro, «pero no puedo sentir mi pecado como quisiera». Esto solo prueba cuánto necesitas al Señor Jesús, ya que ni siquiera tienes esa forma de idoneidad que reside en un profundo sentido de necesidad. Ni siquiera puedes sentir, porque tienes un corazón de piedra. Oh, haz de esto un ruego ante Él. Di: «Jesús, te necesito más que nadie, porque hay algunos que tienen un poco de salud. Pueden sentir que están enfermos, pero yo ni siquiera tengo eso. Te necesito, oh, te necesito más que nadie».

Quizás dirás: «Pero no puedo creer en Él como quisiera». Entonces añade eso también a tus otros pecados, confiesa tu incredulidad, dile que tienes gran necesidad de que Él te dé fe. Y ve a Él y, oh, que Él te ayude a creer que Él es capaz de perdonar también este pecado.

«Bueno», dice uno, «pero empeoro cuanto más pienso en estas cosas». Me alegro, querido amigo. Este empeoramiento es parte de la cura. Supongamos que siguieras empeorando, si llegaras a sentirte tan negro como el diablo y tan condenado como un alma perdida, sin embargo, mientras estés en este mundo, el gran Médico puede sanarte. Y todavía tienes este gran ruego —que lo necesitas, lo necesitas.

«Oh», dice uno, «no puedo ver cómo puedo presentar mi necesidad como lo único». Mi querido amigo, ¿qué presentarías? Supón que estuvieras mendigando públicamente. Si tuviera que dedicarme al oficio de mendigo, créanme, no usaría este abrigo negro, o si lo hiciera, me aseguraría de que estuviera bastante agujereado, porque lo principal que tienes que hacer cuando suplicas en la calle es convencer a los transeúntes de que tienes necesidad.

Algunos tipos demacrados y de aspecto miserable tienen rostros que valen una fortuna para ellos —sus mejillas blancas por el consumo, sus cuerpos delgados y flacos como por la inanición— con apenas un puñado de harapos puestos, se agachan en algún rincón y escriben en un papel: «Me estoy muriendo de hambre», y al pasar junto a ellos, no puedes evitarlo —tu mano va a tu bolsillo. «Aquí hay un caso de indigencia», dices —y les das socorro. Imita a estos vagabundos en todo menos en su engaño. Usa su lógica, el argumento racional de que la necesidad es el mejor ruego de un mendigo. Eres indigente, te estás muriendo de hambre. Expón tu caso ante Dios.

El mejor caso que puedes presentar para prevalecer ante Dios es uno malo. Que sea tan malo como pueda ser, y me atrevo a decir que el peor es el mejor. No te disculpes, intentando hacer tus pecados

más pequeños de lo que son. Dile que eres un desgraciado perdido sin Su gracia soberana, y allí, culpable y vil, y aborrecido de ti mismo, cae postrado ante Él y di: «Señor Jesús, si necesitas a alguien a quien sanar, yo soy el hombre indicado. Si necesitas un caso que pueda ser divulgado, y que haga que los oídos públicos resuenen, y resuenen de nuevo con la alabanza de Tu medicina que todo lo sana, yo soy Tu hombre, Señor. Si necesitas a alguien lleno de llagas, y heridas, y enfermedad putrefacta como Job sobre un muladar, si necesitas a alguien que esté muy perdido —que esté podrido hasta los huesos— Señor, yo soy Tu hombre».

Oh, piensa, pecador, que Él es precisamente tu Salvador, porque mientras Él ama encontrarse con casos como el tuyo, debes regocijarte de encontrarte con un Salvador como Él es. Y todo lo que se te pide es que creas que Él puede salvarte y que confíes en Él para que lo haga. Si lo conocieras, le creerías. Él ama salvar. Él puede salvar al más vil.

Confía en Él entonces, y que el Espíritu de Dios te guíe a entenderle, para que puedas confiar en Él. Y si lo haces, Él dirá: «Pecador, tus pecados te son perdonados; ten buen ánimo, ve en paz» (Mateo 9:2; Lucas 7:48). Que Dios bendiga estas palabras, por amor de Cristo. Amén.

Tomado de *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* — Colección C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, el uso de mayúsculas para los pronombres de la Deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en www.spurgeongems.org.